

Las lenguas pueden derribar muros

La experta en edición y en terminología de los organismos internacionales dice que la etapa de la revisión es clave en el proceso de traducción y que la expansión de idiomas como el español y el chino ayudarán a la integración internacional en lugar de construir muros de separación.

—¿Cómo está condicionada la terminología de la cooperación internacional por los nuevos conceptos socioeconómicos y políticos que surgen a diario?

—En los organismos internacionales la terminología depende precisamente de estos conceptos, los que están en constante evolución. De ahí la necesidad de que el traductor se mantenga al día de las tendencias socioeconómicas así como de la actualidad política en el mundo. No se podría traducir bien un informe económico sobre la Argentina, por ejemplo, si uno no está al tanto de los acontecimientos socioeconómicos de los últimos años, como la convertibilidad y el llamado "corralito". Tampoco se puede entender el concepto de información finan-

ciera en los Estados Unidos si no se conoce la historia de la empresa Enron y la Ley Sarbanes-Oxley. Esta necesidad no se limita al campo de la cooperación internacional, se aplica a cualquier disciplina, sea en la traducción jurídica, médica, informática, etcétera. El trabajo del traductor exige una actualización y una curiosidad permanentes. A través de la lectura diaria se adquieren conocimientos generales y una especialización que le ayudarán al traductor a entender los documentos originales y a conocer de antemano la terminología del caso.

—¿Quiénes son los actores sociales, económicos y políticos que influyen en los cambios en la terminología utilizada?

—Son muchos, desde las propias organizaciones internacionales hasta el mundo académico, la prensa, pasando por las ONG, sin olvidar los organismos estatales de los distintos países. El traductor tiene que fijarse bien en el uso de los términos según el contexto e investigarlo en varias fuentes confiables. Vean por ejemplo la evolución de la palabra "género" en español que, de un sentido gramatical, pasó a tener otro en las ciencias sociales. Este nuevo uso al principio sólo se registraba en las revistas especializadas pero hasta la Real Academia Española acabó por aceptarlo. Me acuerdo que la primera vez que vi la palabra microenterprise, no la entendía: ¿cuánto más chiquita que una pequeña empresa podía ser esta "microempresa"?, me pre-

guntaba. Pero al consultar con los propios expertos del BID aprendí que efectivamente hay una diferencia de tamaño (hasta 10 empleados en vez de hasta 50), de estructura (empleados miembros de la familia) y a menudo de formalidad (empresas informales). Luego me fijé en el sitio en Internet del Grameen Bank, la ONG que originó el concepto de microcrédito en Bangladesh, y logré entender el interés de este sector. Se trata de gente muy pobre que, con un préstamo muy modesto, puede salir de la pobreza. Imagínese la diferencia entre el trabajo del traductor que entiende todo este contexto y el que sólo sabe que "microempresa" es la traducción de microenterprise.

—¿Cómo calificaría y caracterizaría la importancia de las instancias de revisión, corrección de estilo y corrección de pruebas en el trabajo de un traductor?

—Todas forman parte del control de calidad del documento. Me parece que con respecto a la traducción, la etapa de revisión es la más importante. La misma abarca dos componentes, la autorrevisión y la revisión hecha por otra persona. En la primera, el traductor compara el borrador que él mismo ha hecho de un texto, oración por oración, para asegurarse que no le falte nada, que todo esté correcto y que tenga una fluidez natural. El segundo componente de la revisión consiste en el mismo proceso pero a la luz de otros ojos, los del revisor. En cambio el editor, o sea el corrector de estilo, tiene por objeto mejorar el documento original. Esta labor no le corresponde al traductor. Al traductor le corresponde respetar el texto original. La corrección de estilo interviene sobre todo en el área de la edición, es decir en la publicación de libros, en la prensa, etcétera. Tanto en el caso de la traducción como en el de la edición, hay que darle el último vistazo al texto antes de entregarlo o de que se publique. Esta fase corresponde a la corrección de pruebas. A esta altura, no se pueden hacer cambios de fondo, sino únicamente la corrección de errores tipográficos o de formato (tipo, tamaño y color de la letra). De lo contrario, ¡nunca se terminaría ningún texto!

—¿Cómo debe pararse el traductor frente a los desafíos que presenta el estilo de un texto, su ambigüedad y su coherencia?

—Yo no creo para nada en la actitud que llamamos *Garbage in, garbage out*

("Entra basura, sale basura"). El profesionalismo exige que se haga una traducción que refleje el sentido del original en forma fluida. Si al estilo del texto original le falta un poco de fluidez podemos (y a mí me parece que hasta deberíamos sentirnos obligados a) mejorar la versión traducida, siempre y cuando seamos fieles al sentido del documento original. En todo trabajo de traducción y también de corrección, debemos tener en mente el contexto: ¿Quién es el autor? ¿Cuál es el objetivo del texto? ¿Quién es el eventual lector? El estilo va a ser distinto según se trate de un autor científico, funcionario o periodista, si el documento se va a difundir únicamente dentro de una institución, si se va a publicar en Internet o si va a salir impreso en una revista, si va dirigido al público en general, al directorio de una empresa o a un grupo de economistas, por ejemplo. Asimismo, muchos traductores tropiezan con las diferencias de estilo entre los idiomas español e inglés. Uno se mete en el texto y le cuesta deshacerse de la estructura gramatical de la lengua de origen. De ahí la importancia de la revisión, que permite que cuatro ojos se fijen en la traducción y que se hagan los ajustes de estilo que sean necesarios para que el texto suene elegante. En cuanto a cuestiones de ambigüedad y coherencia, rara vez he visto un documento que no plantee dudas para el traductor. Si no se pueden resolver con los diccionarios y manuales de estilo, recomiendo movilizar el apoyo de los colegas y hasta del propio autor. En el último congreso del Colegio en Buenos Aires, el Premio Nobel José Saramago insistió en que los traductores siempre tenemos que hacer consultas al autor.

—¿Qué diferencias encuentra usted en la actitud de un traductor experimentado y uno novel en el uso de recursos como diccionarios, manuales de estilo y la amplia gama de posibilidades que presenta Internet?

—Creo que con la experiencia, el traductor llega a entender los límites de cada una de estas herramientas. Cuando empecé en la carrera pensé que al amontonar una colección de diccionarios bilingües iba a encontrar la solución a cualquier problema de traducción. Pero poco a poco fui constatando que en realidad los diccionarios representan sólo una solución parcial dentro de muchos recur-



Alexandra Russell-Bitting

trabaja desde hace 18 años en el Banco Interamericano de Desarrollo con sede en Washington. Allí se ha desempeñado como traductora/revisora de español, francés y portugués al inglés y como editora.

También ha enseñado traducción en la Universidad de Georgetown y en la Université de Paris VIII. Es presidente de la National Capital Area Chapter of the American Translators Association (NCATA) y miembro activo de la ATA.

Escribe habitualmente para la revista de la American Translators Association, *ATA Chronicle*, e integra el Comité de Relaciones Públicas de dicha asociación.

sos valiosos. Los recursos, al igual que la terminología, evolucionan. Hay que aprender cuáles son los diccionarios que más nos van a servir según el tipo de traducción que estemos haciendo. Lo más importante en este proceso de aprendizaje —un proceso permanente, dicho sea de paso— es ante todo que el traductor reconozca si hay algo que no sabe, que sepa adónde buscarlo y que encuentre la respuesta correcta. Internet nos proporciona inmensos recursos, sin embargo también hay una cantidad enorme de material que no sirve. El hecho de que algo aparezca en Internet no necesariamente significa que esté correcto. Un colega de Washington ilustra esta situación diciendo que el ciberespacio se parece a la biblioteca más grande del mundo pero con todos los libros revueltos en el suelo. Tenemos que saber encontrar lo que necesitamos y rechazar lo no acertado.

Las lenguas de las relaciones internacionales

—En su artículo publicado en la revista de la American Translators Association (ATA) sobre traducción y terrorismo, se revela que dentro de los organismos encargados de la investigación de lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 existían pocos lingüistas y expertos en lenguas árabes. ¿Cuál es la situación actual al respecto?

—Según el organismo estatal de investigaciones, el FBI, se han incorporado a centenares de lingüistas en numerosos idiomas, no sólo el árabe sino en otras lenguas que van desde el pashto al chino, pasando por el ruso, y sin olvidar el español y el francés. Pero esto todavía no es suficiente para satisfacer la demanda. Esta situación ilustra bien que no basta el conocimiento de un idioma; se necesita además una formación universitaria y una sólida cultura general, así como capacitación y experiencia en el área de traducción, criterios que no se cumplen con frecuencia. Dicho esto, la demanda del FBI representa una parte muy pequeña de la actividad de traducción de organismos centrales de EE.UU., sin hablar de la traducción al nivel de los organismos subnacionales, ni de la traducción en los sectores comercial, jurídico, médico y otros. Hay que destacar que el español sigue siendo de lejos el idioma más hablado, más estudiado a todos los niveles y más traducido en los Estados Unidos. Por eso casi el 30 por ciento de los socios del ATA maneja la lengua de Cervantes. Según el censo, la población hispanohablante alcanzó el 15 por ciento de la población total del país en el año 2000. A nivel local, este sector ha generado una fuerte demanda de traducción e interpretación en los servicios sociales como la educación y la salud. Y el sector comercial no pasa por alto el poder adquisitivo de dicha población. En los últimos 10 o 15 años, por ejemplo, se han multiplicado los medios de comunicación de habla hispana: canales de televisión, estaciones de radio, publicaciones. Y eso sin hablar de los enlaces comerciales con los países vecinos. Para citar un ejemplo específico, en el 2004 las exportaciones de EE.UU. a México sumaron más de 110 mil millones de

dólares, mientras que las importaciones procedentes de México alcanzaron unos 155 mil millones de dólares.

—¿Cómo evalúa el futuro del idioma chino fuera de China?, ¿cree que el inglés tendrá que rendirse ante su masividad y crecimiento?

—Creo que el crecimiento económico de China va a influir en el desarrollo del conocimiento del chino dentro de EE.UU. y en el aprendizaje del inglés en China. Ya se han creado nuevos programas de enseñanza del chino en todos los niveles de educación en los Estados Unidos. También me parece que ya está pasando lo mismo con el español. A pesar de las tentativas legislativas de limitar la inmigración y del movimiento monolingüe de English Only, por razones eminentemente prácticas, en realidad hay cada vez más bilingüismo (inglés y español) en los Estados Unidos, y no sólo dentro de la población de habla hispana.

Les voy a contar dos anécdotas personales. Tengo un primo médico que vive en Los Angeles, en California, —un estado donde más del 50 por ciento de la po-

blación habla otra lengua en casa que no es inglés— que se puso a estudiar español. ¿Por qué? Sin duda porque hay una parte importante de sus pacientes con quienes le costaba comunicarse. El segundo ejemplo es el colegio de mi hija, acá en Washington, un colegio público para niños de 12 a 15 años, dentro de los cuales hay muchos que viven en un barrio con una alta proporción de hispanohablantes que se llama Adams-Morgan.

La escuela primaria de este barrio tiene desde hace muchos años un programa de enseñanza bilingüe español/inglés del que surgen candidatos para los estudios avanzados de español en el colegio. Tuve la ocasión de asistir a una de estas clases que me dejó maravillada ante los chicos —con caras y apellidos tanto hispanos como norteamericanos— que podían leer y conversar en español a los 12 años. Esta visión de los jóvenes de distintos orígenes que aprendían a entenderse me confirmó que la inmigración latina y la emergencia de China no son necesariamente una amenaza sino una ocasión de intercambiar culturas, ideas y productos en vez de construir muros y prejuicios.

"No basta el conocimiento de un idioma;
se necesita además
una formación universitaria
y una sólida cultura general,
así como capacitación y experiencia
en el área de traducción,
criterios que no se cumplen
con frecuencia."
